

ño, invento la Geometría, encontrando, él solo, casi todo lo propuesto por Euclides. El niño inglés Stern, halló la relación entre el diámetro y la circunferencia. Mozart, muy niño, compuso hermosas piezas musicales. Santiago Watt, en sus quehaceres infantiles, descubrió la fuerza del vapor. Cristóbal Colón, siendo niño, gustaba de la marina, y poco a poco fué cultivándose en su tierna mente, la idea del gran descubrimiento que realizó.

De la misma manera corren innumerables ejemplos de cómo, el niño solo, investiga, descubre, halla la verdad. Refiere Lessing: «Si el Todopoderoso, teniendo en su mano derecha la verdad y en su mano izquierda la investigación de la verdad, se dignara concederme lo que yo prefiriese, con toda humildad, pero sin vacilación, escogería la indagación de la verdad».

Ahora, piensen concienzudamente

los maestros, cuáles son los mejores Programas de Educación Primaria que debemos tener como guía.

HILDEBRANDO SILES GRANADOS

Noticia.—H. S. G., es un maestro ejemplar de escuela rural. Se ha situado a la vanguardia, por sus buenas costumbres, su amor al estudio y al progreso. No hace ruido, desde luego; ni aparenta.

Apóstrofe de nube

Para el selecto espíritu de ANTONIO MÉDIZ BOLIO.

1

Un día miró el hombre hacia la altura
y avivando las chispas de sus ojos,
lanzó por ellos toda la amargura
de la nostalgia por la azul altura
desde su pedestal hecho de abrojos.

Tenue y azul el firmamento era,
el viento se aquietaba adormecido,
y el hombre, viendo la tranquila esfera,
quiso ser ave que volando fuera
a poner su tibieza en ese nido.

¡Subir! ¡Subir!

Acariciar con mano
sedosa los plumones de la nube,
empaparse en la luz del sol cercano,
y traspasar el horizonte humano
mientras dice la Gloria: ¡Sube, sube!

¡Suprema aspiración! Alzar primero
el cuerpo débil sobre débil planta
ante el piadoso y maternal esmero,
luego subir al árbol y al otero,
a la erguida montaña donde canta
el viento su canción para la altura
y destellan las cúspides de hielo,
y por fin, subir más, y en la locura
de la ascensión, sumir la frente impura
en la azulada aspiración del cielo.

¡Subir! ¡Subir! ¡Subir!

La vida humana
es constante jornada hacia la cima:
la misma tumba que la tierra gana,
como la cavidad de la campana
vuelca al viento la música que anima,

2

Un ruído de trueno puso gozo en el alma,
un ruído de trueno que rompía la calma
en que sumida el alma condensaba su anhelo
de cruzar, como el ave, sobre la faz del cielo;
en el aire dos alas agitaron su empeño
—dos alas mitad cálculo, pero mitad ensueño—
y entre las alas iba, sereno y majestuoso,
el hombre, avizorando su rumbo misterioso.

El pájaro subía desbaratando vientos
—pájaro que empollara calor de pensamientos—
y marcando en el cielo sus invisibles huellas
era una cruz enorme signando las estrellas.

Los seres y las cosas absortos admiraron
el nuevo vuelo, y todos su tributo brindaron:
los cóndores del cielo
descendieron al suelo
como si sorprendieran pequeñez en su vuelo.
Ante la humana gloria a la cumbre exaltada
los cielos tremolaron su azul como inviolada
bandera; el sol, sumiso, puso a sus pies la adarga
y vació de su aljaha la diamantina carga.
Todo fué gloria entonces,
la luz chocó en las cimas y rebotó hecha bronce;
todo fué entonces gloria,
la tierra quiso alzarse también a la victoria
y anhelando dos alas que alzarán los barrancos
puso luz en los mares ceñidos a sus flancos.
Un águila errabunda tornó presto a su nido,
dijérase medroso polluelo estremecido,
y alzando la cabeza nostálgica de esfera
sintió en dogal de angustias tornarse su gorguera.

Sólo la nube incólume quedó flotando arriba
perezosa y tardía bajo su henchida giba.
Huir, inútil era,
el pájaro volaba raudo, como si fuera
estrella que enloquece su cósmica carrera.
Huir, inútil era. Buscó entonces la nube
su dardo, y alzó un grito de cólera:

—¿Quién sube?

Y como el hombre siempre su carrera seguía
lanzó un rayo la nube
plegando, con su estruendo, los párpados del día.

Hubo un temblor extraño. Hubo en todo un suspiro;;
se movieron las alas en vacilante giro,
y cuando de las alas descendieron las galas
se alzó el hombre y traía, mecido por las alas,
como un cetro en las manos el rayo réfulgente
y una guirnalda de astros titilando en la frente.

Sólo la nube incólume quedó flotando arriba
perezosa y tardía bajo su henchida giba.

HERNÁN ZAMORA ELIZONDO

Turrialba. Oct. 1925.